

# LA CULTURA POR MEDIO DEL LIBRO



**S**ERIA empresa digna de acometerse el fundar y sostener *una biblioteca municipal en cada población de la República.*

No se trata de un trabajo fácil; exigiría *desinterés, constancia y método*; unos diez años de labor, y un gasto aproximado de quinientos mil pesos.

Pero una vez realizada y afirmada esta fundación, había derecho para grabar en la frente de nuestro país la palabra CULTURA; y aquellos a quienes se debiera esa obra, tendrían derecho a ser considerados como *grandes benefactores* de la Patria Salvadoreña.

No pensamos, ni por un momento, en un Decreto del Gobierno, *creando*, nominalmente, las bibliotecas municipales; no pensamos en un Decreto de la Asamblea Nacional, *voteando para* fundar esas bibliotecas una fuerte suma de dinero, que no tiene el Fisco, ni tendrá en muchos años. Nuestro pensamiento se concreta alrededor de *una empresa colectiva*, realizada y sostenida en colaboración por el Gobierno, las Municipalidades, los propietarios, los maestros, la prensa; en fin, por todos aquellos elementos que

5.—

son fuerzas vivas en la Nación. Especialmente los municipios; incluyendo entre los contribuyentes de cada municipio, a los extranjeros establecidos.

Desde luego, adviértase que no perseguimos la fundación de bibliotecas al modo clásico, ya fuera de la época, ineficaces, antieconómicas e incompletas. Aquello de un vasto caserón rebozando papeles, donde se acumulan de hora en hora cuantas boberías y fastidios trasuda el pensamiento humano; donde por cada *libro* que ingresa, muy de tarde en tarde (porque un *libro verdadero*, así como un canto, una estatua o un cuadro verdadero sólo se producen muy de tarde en tarde) ingresan centenares de volúmenes ineptos; aquellas *bibliotecas* reales, no son las que necesita una Democracia incipiente, urgida de que se la enseñe a deletrear. Si acaso, aceptaríamos la utilidad de la biblioteca grande, con treinta, con cincuenta, con cien mil volúmenes, únicamente para San Salvador.

Mas no para nuestras cabeceras departamentales o de distrito, y mucho menos para la casi totalidad de nuestras poblaciones, que son, por su tamaño y número, simples aldeas, y por su bagaje mental, casi lo mismo.

En suma, nos referimos a la *pequeña biblioteca*, adecuada a la comprensión del mayor número y no al sibaritismo intelectual de unos cuantos; en relación con la capacidad económica de cada lugar, y no como una carga que esté siempre necesitando de subsidios y sacrificios.

Pequeña biblioteca, no quiere decir ineficaz, inadecuada, exigua. Afirmamos que mil volúme-

nes escogidos, sabiamente *escogidos*, formarían una excelente biblioteca para San Miguel, Sonsonate, San Vicente, Ahuachapán, y dos o tres ciudades más. Seiscientos volúmenes bien seleccionados, serían un tesoro para casi todas nuestras cabeceras de distrito. Trecientos volúmenes *adecuados*, harían en cada población de las restantes, un beneficio tan grande como el alumbrado eléctrico o la introducción del agua por cañería.

¿Se imagina el lector la cantidad de grato pasatiempo, de ciencia, de arte, de buen gusto, de poesías y nociones prácticas que pueden encerrarse en trescientos volúmenes bien escogidos? ¿Y cuánto tiempo necesitaría una persona discreta para leer con provecho trescientos volúmenes? Suponiendo que leyera cada libro *una sola vez*—y un buen libro nunca se lee una sola vez—necesitaría trescientas semanas, a razón de un libro por semana. Es decir, *seis años*, aproximadamente.

De tal manera, que si a una biblioteca de trescientos volúmenes ingresaran cada año *no más de treinta libros nuevos* (que no valen arriba de un centenar de colones) *siempre habría* en dicha biblioteca una gran cantidad de lectura nueva, hasta para esos glotones que en vez de leer devoran libros.

Hablamos de *fundar una biblioteca en cada población de la República*. Hablamos de una *empresa nacional*, realizada en colaboración por las municipalidades, los propietarios, el Gobierno, la prensa, los maestros, los obreros; por todos, en fin.

Hablamos de pequeñas bibliotecas, de trescientos a mil volúmenes cada una, *bien seleccionados*; sirviendo como criterio para esa selección, *la mentalidad media actual* de cada ciudad o pueblo. Hicimos la cuenta de que, con una renovación de *treinta volúmenes anuales* en cada uno de esos centros, habría *siempre* lectura nueva y copiosa para los más asiduos lectores.

Surge ahora, y en primer lugar, esta pregunta: *¿Qué fines principales* tendrían aquí en El Salvador esas bibliotecas?

Estos: primero, crear una diversión muy agradable, muy honesta y muy barata, accesible a la gran mayoría de los habitantes de la República;

Segundo, contribuir poderosamente a extirpar el analfabetismo; pues una vez que los padres de familia *se aficionen* a la lectura y comprendan sus grandes beneficios, harán todo esfuerzo para que sus hijos aprendan a leer y a escribir.

Tercero, crear un nivel de cultura media general, *que no tenemos*, y sin el cual las aspiraciones de libertad, democracia, orden, salud y bienestar son irrealizables;

Y cuarto, procurarnos una extensa *comunidad mental que nos vincule y nos oriente*; sin la cual viviremos siempre en total anarquía de ideas y de aspiraciones, tirando cada uno la manta para su lado, y sin posibilidad ninguna de transformar en *nación*, lo que hoy es simplemente *un territorio* muy poblado.

## II

Si el lector medita sobre el alcance de cada uno de estos fines, verá que la fundación de bibliotecas municipales en grande escala, si se establecen siguiendo un plan bien meditado, sería una empresa de trascendencia incalculable; sería crear un instrumento de cultura, superior tal vez en eficacia a cuantos ahora poseemos.

Detallemos un poco la exposición y ventajas de cada uno de estos fines:

El primero, dijimos, crear una diversión muy agradable, muy honesta y muy barata, accesible a la gran mayoría de los habitantes de la República.

El tedio es uno de los peores enemigos del hombre. Si no se incluyó entre los pecados capitales, es porque el tedio, más que un pecado es una enfermedad; una enfermedad radical, puesto que daña o arruina el espíritu, y con este, el cuerpo. "Consolar al triste" es una de las Obras de Misericordia. El tedio es la tristeza llevada al punto de gangrena. El que está simplemente triste, padecerá él solo; quien padece de tedio, hará padecer a los demás, porque el tedio se resuelve en aversión y aborrecimiento de la vida, es decir, de todo cuanto nos rodea. Aquel discreto Abad que obligaba a sus monjes a destejer hoy las cestas que habían tejido ayer, sabía muy bien que debe combatirse el tedio a toda costa, porque donde él entra y domina, todo se vuelve negruras e infestaciones.

Ahora bien, El Salvador es uno de los pueblos más tristes de América; uno de los pueblos en que la vida es más melancólica y tediosa. No inquirimos ahora las causas de esta modalidad; simplemente hacemos constar el hecho, y lo evidenciamos. Sirvan como testigos en primer lugar, nuestros lectores que hayan viajado un poco. ¿Encuentran, ni remotamente, un término de comparación entre la alegría nuestra y la de los franceses, por ejemplo? ¿Han visto aquí los grupos de estudiantes que se ven en Bruselas, cantando en pleno bulevar, a las diez de la mañana a los compases de un acordeón? ¿existe aquí la canción popular que se oye en la Europa del Norte surgir espontáneamente de un grupo de obreros, de estudiantes o de soldados, o de simples vecinos paseantes que se encuentran en el teatro, en la calle, en el campo? ¿Qué hacen los salvadoreños (salvo los que a fuerza de dinero se procuran algunos pasatiempos) los días festivos? Aburrirse, encerrarse, carambolear como todos los días en los billares, o irse a la cancha a matar gallos. En Europa, en habiendo asueto, el burgués coge su cesta al brazo, la guarnece de un pan, de un trozo de jamón o de queso y de una botella de vino, e *inunda* los parques y los bosques, donde ríe, canta, baila, corre, se vuelve niño y se aprovisiona de vigor y alegría para el resto de la semana. Nosotros, ¿qué sabemos de tales recreos?

En Chile, durante los días de labor, el chileno parece una máquina, atareado, callado, casi taciturno, como si todo su ser no estuviera capacitado sino para el trabajo. Pero el sábado

por la tarde, cerrados ya el taller, la oficina, la fábrica, el chileno se entrega con todas sus potencias a la más estruendosa y vigorizadora alegría: al baile de la *cueca*, que es la combinación más feliz del canto, el baile, el recitado y otras formas de contento. Quien no ha visto bailar la zamacueca, al modo de Chile, con *tamboreo* y *wifa*, al son del arpa (que es allá el instrumento popular), tocada por una moza gentil—al arrullo de una canción que entonan otras dos, mientras golpetean con los nudillos en la caja del instrumento; salpicada la danza con recitados, y fundido todo ello en el coro de los espectadores que marcan los compases con palmoteos... , quien no ha visto y oído la *cueca*, decimos, no sabe lo que es alegrarse ni mandar al diablo las penas de hoy, las tristezas de ayer y las inquietudes de mañana.

¿Para qué decir nada de los yanquis? El norteamericano, así con su afán de millones, su atmósfera de carbón y su *país de hierro*, es el hombre que más se divierte bajo el sol; el más capaz de divertirse, el que con más espontaneidad y rapidez se entrega al sport, al baile, a la risa, al juego en todas sus formas, al paseo en calles y parques, a la lectura de recreación y distracción. El neoyorquino, en aquella infernal Nueva York, juega pelota todo el año, a toda hora; si llega un camión a descargar o a llevar cualesquier cosas, mientras se abre la casa o el almacén, el chofer, el peón, o el factor descienden inmediatamente, y emprenden un *math* con el primer chiquillo de buena voluntad que pasa por ahí. Recordamos que un día, a eso de las

cuatro de la tarde, en un trayecto de doscientos metros en la Calle 98, contamos *diez y nueve grupos* de jugadores de pelota; niños de escuela, muchachas y muchachos, obreros y factores, jóvenes y viejos, vecinos que salieron de sus casas y dependientes que dejaban un momento sus tiendas, para echar una mano en el juego. Jugaban la pelota de mano a mano; contra la pared; con pala; tirada a lo alto; en mil maneras, sin cuidarse de nada ni de nadie, como si fuera un pueblo de niños, donde la ocupación más grave e importante fuera el peloteo.

Por eso es aquel pueblo tan fuerte: *porque es alegre*. Por eso nuestras mujeres, que aquí agonizan de monotonía en su lucha sempiterna y trivial con la criada, suspiran por vivir en Nueva York, no obstante que allá tienen que servirse a sí mismas, y cargar con todos los quehaceres y faenas.

Por eso nuestros jóvenes, no obstante vivir aquí maldiciendo del yanqui, de palabra y por escrito, una vez allá no quieren regresar, y si vuelven, se empeñan en simular la vida que allá hicieron. Pues, en verdad, la vida melancólica, uniforme, tediosa que llevamos en nuestra tierra, seca todos los manantiales del vigor, y convierte el ánimo en un yermo donde sólo brotan flores de gozo efímero y malsano, a fuerza de provocarlas con tabaco, licor, morfina y toda clase de excitantes.

## III

Hablando de diversiones en este país, no hemos de contar San Salvador. Aquí tenemos el Cine, el Hospital, el Cementerio; la misa cuando hay buena orquesta; ir a Mejicanos, a respirar polvo (no inodoro), y a comer allá, en el suelo (tampoco inodoro) cosas que, para ingerirlas, más que de apetito se requiere de mucho valor y ningún olfato. En días venturosos tuvimos a nuestro Lagos y Lagos, que nos hacía reír la buena risa. Teníamos también los conciertos, tan alegres y civilizadores; pero nuestras discretas señoritas y sabias señoras han descubierto que no es de buen tono ir al concierto; que lo *chic* es aburrirse en casa. Y si no van ellas, ¿a qué iríamos los demás?

Con todo, admitamos patrióticamente que San Salvador es alegre. Y admitamos que lo son también, Santa Ana, Ahuachapán, y alguna otra. ¡Pero y el resto, señor! Verdad que toda población tiene sus estancos, y que ahí el pueblo soberano se divierte a su guisa, con una guitarra de clavijas versátiles, *guaro* a pasto, y tal cual machetazo descomunal que contrarresta el excesivo número de nacimientos.

La verdad es que todo ello junto no alcanza a merecer para nuestra República el dictado de nación divertida. Un cantarcillo popular que se oye con frecuencia en nuestras aldeas, podría servir a los que gobiernan para formarse un criterio justo sobre la necesidad de crear diversiones para el pueblo:

“¡Qué cosas las del Alcalde!  
Quiere quitar la bebida,  
Sabiendo que el hombre pobre  
Sólo *bolo* tiene vida...!

¿Oyó, señor Alcalde? El hombre pobre, sólo borracho tiene vida... aquí entre nosotros, donde usted y colegas, en vez de esforzarse en darle al pueblo diversiones honestas, le han quitado, so pretexto de cultura y de modernismo, hasta las escasas que aún tenía. Le han quitado hasta aquel saludable, gratísimo e inocente juego de las bolas, que en todas las aldeas salvadoreñas servía de *billar de los pobres*, y en vez de ésa, le han dejado el de los *bolos*, que comienza en alegría, sigue en ridiculez, continúa en estupidez y brutalismo, y acaba muchas veces en sangre.

Pues bien, si fundáramos las bibliotecas municipales sobre la base de *lectura amena*, habríamos hecho algo muy importante en este ramo de crear diversiones para el pueblo. Lectura amena, sobre todo. Nada de Imitación de Cristo, ni de Shopenhauer, ni de Paul Bourget, ni del millón de filósofos, novelistas y sabios que se propusieron acabar con la escasa alegría que aún conserva la triste humanidad, sino libros alegres, regocijados, alentadores, que traen buena digestión y buen sueño: Julio Verne, el Robinson, Cuentos de Crimm y de Perrault, Mil y Una Noches, Samaniego, Luis Taboada, Dumas Padre y Walter Scott, Zorrilla y Bretón de los Herreros; libros de viajes, libros de imagina-

ción, libros de poesía: alimento sano, grato, asimilable.

Los primeros cien libros de cada biblioteca han de ser así: libros de risa, de belleza, de fantasía, de sugestiva y honda emoción, para que el pueblo se aficione a la lectura. Hemos de tratar a esos reacios y perezosos lectores así como a los niños; o mejor dicho, hemos de aprender de los niños el arte de formar lectores. ¿Qué es lo que los niños prefieren? Libros de cuentos, y más *si tienen láminas*. Si se le dan libros de cuentos, el niño se pasará las horas y los días leyendo. Si se le dan tratados de Algebra, Guías de Pecadores, Pesaderías de Samuel Smiles y de Marden, el Arte de los Negocios y otros tales, preferiría mil veces jugar trompos, mica y otras diversiones que realmente lo son. En caso semejante, el obrero, el campesino, el pequeño burgués, prefieren el estanco y la guitarra, aunque sea recordada con pita de cáñamo.

¿Qué número de fieles quitaríamos al patio de gallos y al estanco, una vez que en cada población del país hubiera una pequeña biblioteca donde el pueblo encontrara lectura *verdaderamente divertida*? Un número muy grande, sin duda, pues el libro llega también a convertirse en vicio, y todo vicio es absorbente, y por ello, excluyente.

Si comprendemos bien el problema que se trata de resolver con el establecimiento de las bibliotecas municipales, veremos que no es sino *enseñar a leer* a nuestro pueblo. Al niño, mal o bien, se le enseña a leer en la escuela, y si *todos* los niños pasaron por la escuela y *aprendieran*

ahí esta primera parte de la lectura que llaman deletrear y *decorar*, el problema se resolvería por sí mismo, *hasta cierto punto*. No habría sino esperar que todos los viejos analfabetos nos fuéramos muriendo, y a la vuelta de unos treinta años contaríamos con una generación en que el analfabeto sería la excepción y no la regla.

Pero en la realidad de los hechos, más de la mitad de los niños salvadoreños no asiste a la escuela, y muchos de los que van no alcanzan ahí a comprender *el mecanismo* de la lectura, Mas, suponiendo que todos los niños lo aprendieran, ello no fuera sino una media resolución del problema, un paso en la jornada; puesto que entre uno que sabe la lectura mecánica, y un lector, la diferencia es enorme. Lector es aquel *que tiene el hábito de leer*. Ese hábito no se adquiere en nuestras escuelas ni en la mayor parte de las escuelas de Centroamérica, sino rara vez, eventualmente. Y lo mismo sucede, con atenuaciones, en Europa. No es afirmación nuestra, sino de los educadores suizos, quienes, hablando de la escuela suiza (una de las mejores del mundo) afirman que, generalmente, “los niños salen de la escuela con *una marcada aversión* a los libros; que la escuela *les mata la curiosidad*”. Ahora bien, cuando un niño sale con *aversión* a los libros, con la curiosidad extinguida, podemos decir de él que es un fracasado, en cuanto se relaciona con su futuro cultivo mental por medio del libro. Ese niño *no será* lector, salvo que se le sujete a una disciplina especial que reviva su curiosidad. Pues la curiosidad es el móvil mayor y más constante de todo aprendizaje.

Esa disciplina especial, llamada a complementar la acción de la escuela o a *corregirla*, es la biblioteca municipal, la biblioteca popular, que nunca llenará sus propósitos si no admite como primordial y necesaria condición, la de proporcionar *lectura amena*; la de ser, antes que un centro de instrucción, *un centro de recreo*.

## IV

El segundo de los propósitos que cumpliríamos con las bibliotecas municipales se refiere al analfabetismo. Con esas bibliotecas disminuiría grandemente, pues, como decíamos, una vez que los padres se *aficionen* a la lectura, *harán todo* esfuerzo para que sus hijos aprendan a leer y escribir.

Que los adultos *se aficionen* es todo el secreto de la cuestión. Desde el momento en que nos *aficionamos* a una cosa—sea, si se quiere, la más difícil de alcanzar,— desde el momento en que tenemos *fe* en su mérito o su eficacia, ya estamos desplegando todas nuestras fuerzas para conseguirla o realizarla. Aquello que no se obtiene, aquello que no se mejora—aunque día y noche hablemos de sus excelencias—es, en último análisis, algo *que no nos inspira afecto, algo que nos es indiferente*.

Aquí tenemos un ejemplo: San Salvador, Santa Ana, San Miguel, han construído hermosos y costosos teatros: tan hermosos, que causarían envidia a muchas ciudades hispanoamericanas. De una manera u otra, con el dinero par-

ricular o con el público, valiéndose del apoyo municipal o del apoyo del Gobierno, ello es que han construído edificios teatrales. ¿Por qué? Porque los salvadoreños tenemos afición al teatro, *tenemos fe* en el teatro. En cambio, no sabemos de ninguna ciudad salvadoreña que haya construído un buen edificio escolar. Una casa de escuela, propia, adecuada, moderna, del tipo que ya es común en casi todo el mundo culto, no la hemos construído. ¿Por qué? Porque no tenemos fe en la escuela, porque no le tenemos *afición*. Así también hemos edificado hermosos cuarteles, hermosos casinos, hermosos parques; mas *no* hemos pensado en edificar nada para una biblioteca ni para un museo. Cuestión de que a unas cosas les tenemos afición y a otras no.

En materia de analfabetismo, así andamos; escribir y hablar de la cosa, todos hablamos y escribimos: o por que ello es de moda, o por temor al qué dirán, o por nuestro prurito de creer que nombrar una cosa equivale a crearla. Pero el analfabetismo no decrece, por que *en realidad*, no nos importa; por que nuestra afición a la lectura no es lo bastante grande para que de ella surjan *las obras*.

Pues bien, hemos de crear, hemos de vigorizar esa deficiente afición de nuestro pueblo a la lectura, y al efecto nos servirán de mucho las bibliotecas municipales. Ya dijimos que la primera condición de tales centros será establecerlos sobre una base de *lectura amena*. Cosa que atraiga, cosa que *divierta*.

Pero surge una dificultad: ¿qué libro será bastante regocijado y atrayente, que se ha

ga leer de aquellos que no saben leer, de aquellos que no conocen *ni la o por lo redonda*, ni la *l por lo larga*? Y Esos son legión; la mitad, acaso más, de nuestro pueblo, no conoce el abecedario. Démosle “Las Mil y Una Noches” a los dos tercios de millón de analfabetos absolutos *en quienes reside la soberanía*, ¿a ver si leen ni siquiera el título del libro?

Pero gracias a Dios, contra siete vicios hay siete virtudes, y si la virtud necesaria en este duro trance ha sido descubierta y practicada en alguna parte, bien podremos nosotros aprovechar de aquel descubrimiento, y practicarla a nuestra vez.

En efecto, ha sido descubierta y *practicada*. En Santiago de Chile—para no hablar sino de lo que hemos visto aquí mismo en América con nuestros propios ojos—conocimos una cierta Asociación de Estudiantes Universitarios, la mayor parte de familias ricas y de alta sociedad, consagrada a *fundar escuelas nocturnas de adultos*. A fundarlas y mantenerlas *con su propio dinero y su trabajo personal*.

Por aquel tiempo, hace unos veinticuatro años, la “Sociedad Franklin”, que así se llamaba, tenía perfectamente organizadas ya dos escuelas nocturnas. Los fundadores de aquellas escuelas hubieron de aguzar el ingenio para lograr que los adultos—obreros, peones, sirvientes—consintieran en ir a la escuela, y luego en no desertar de la misma. Conviene advertir que el pueblo bajo, la plebe, puesto que hay que llamarla con exactitud, no es allá, de ninguna manera, superior al nuestro. El nuestro vale más

que aquél, como inteligencia, como limpieza, como afición a instruirse. Las clases dirigentes chilenas no tienen entre sus numerosas y difíciles tareas de cultura y de gobierno, ninguna más difícil y penosa que la de convertir *en pueblo* el populacho; que extraer de *un roto* un ciudadano.

Pues bien, nuestros beneméritos estudiantes habían montado sus escuelas sobre el más ingenioso mecanismo de atracción, de simpatía, de caridad, digamos, para que aquellos desastrosos e imbéciles *rotos* vinieran al CENTRO donde se les transformaba en hombres, en ciudadanos. Había una *Comisión de Asistencia*, encargada, como si dijéramos, de lazar y domesticar al animal montaraz, y de buscarle y conducirlo al redil cada vez que por cualquier motivo desertaba de la Escuela. ¿Que Juan ha dejado de asistir? Pues a buscar a Juan, allá por los suburbios, en el cuarto miserable donde habitaba.

—¿Por qué no has vuelto a la Escuela?

—Porque estoy enfermo.

—¿Tienes médico?

—No.

—Pues te vendrá a curar uno de los médicos de la Escuela (Practicantes de Medicina, que eran miembros de la Asociación).

—¿Tienes para medicinas?

—No.

—Pues se te darán en el Dispensario de la Escuela (la Escuela tenía su farmacia).

Juan, asistido y curado por la Escuela, se sentía, por gratitud, obligado a no seguir faltando.

¿Que hace tantos días que Pedro no ha venido? Pues a buscarle. Pedro alegaba hallarse en enredos judiciales con su patrón, y que eso no le dejaba tiempo de pensar en escuelas ni en tonterías.

Y entonces, un joven Pasante de Derecho, miembro también de la Asociación, iba en solicitud del patrón de Pedro, a transar con éste si era justo y posible, y si no, a tomar a su cargo ante los Tribunales la defensa de Pedro.

Naturalmente, por muy bruto que fuera Pedro, le tomaba cariño a la Escuela, que le sacaba de tamañas dificultades.

Para los viejos, para los recalitrantes al estudio, para los que *nunca* habían visto *ni conocían una letra*, había un CENTRO DE LECTURA que trabajaba especialmente los domingos y días festivos. Y en tal Centro vimos a nuestros estudiantes, horas enteras, cada uno a su turno, *leyendo* en alta voz, en medio de un corrillo de gentes atentas y gozosas, "Las Aventuras de Robinsón", las novelas de Julio Verne, cualquier libro de esos muy divertidos, que no quiere uno dejar de leer, o *de oír*, una vez que lo ha comenzado a gustar.

A la vuelta de algunos meses, aquellos reacios analfabetos *consentían* en recibir clase de lectura, es decir, admitían y recibían el bautismo de la civilización.

Esta es la virtud que vimos practicar en Chile, y su recuerdo nos sugiere la idea de que

nuestras bibliotecas municipales deberán tener, cada una, un *Centro de Lectura* anexo, donde se martaje la piedra dura del analfabeto pertinaz y obstinado, hasta crear en él la llamita de la *afición*, que luego transmitirá a sus hijos.

Contra siete vicios. . .

## V

Este capítulo debería versar sobre el tercero de los fines que perseguimos, cual es el de crear un nivel de cultura media general, que no tenemos, sin el cual “son irrealizables las aspiraciones de orden, libertad, democracia y salud”. Pero hasta en las más pequeñas cosas interviene el azar, y éste nos obliga a cambiar hoy el orden de nuestras conversaciones.

En cierto lugar, un hombre progresista y resuelto nos escribe: “no hablemos más, fundemos aquí, sobre la marcha, la primera biblioteca de las que han de crearse, y para ello, díganos usted cuánto valdrán los cien volúmenes que servirán de base, y cuáles volúmenes han de ser”.

Este hombre, que hace lo que tantos otros hombres sólo dicen, merece atención, y se hallará justificado que nos apartemos del orden en que íbamos exponiendo nuestras ideas, para entrar con él en una conversación particular.

Al hecho, señor. Sólo sí, le rogamos tenga presente una advertencia, y es que no se trata solamente de gastar una cierta suma, en unos cuantos libros; de ponerlos ahí en servicio más

o menos regular, durante su administración de alcalde, y que mañana el sucesor de usted disponga que ya no; que ese dinero debe gastarse en otra cosa, a la cual vincule él su nombre durante doce meses justos. No; se trata de fundar, y quien dice fundar, dice mantener. Y para fundar, sostener y mantener—que es la única manera de trabajar, digna de verdaderos hombres—lo de menos será el dinero; lo importante es que ese dinero convertido en libros, sirva, dure y perdure.

Porque, se lo diremos bajo toda reserva, hay dificultades, y entre otras, una gravísima, y es que los libros se pierden. Los pierden, replicará usted. No; se pierden. Decir que los pierden sería calumnioso, o por los menos temerario. De ahí a decir que se los roban no habría más que un paso y seguramente un paso en falso, puesto que no hay ni hubo ni habrá un solo salvadoreño capaz de robarse un miserable libro, y más si se ha comprado con el dinero municipal y para servicio del público. No, los libros se pierden, y no porque nadie se los robe, que fuera un delito y una grosería, sino porque nos quedamos con ellos, lo cual es simplemente una costumbre.

¿Quién será capaz de robarse un libro? Sólo un ladrón, evidentemente.

¿Quién será capaz de quedarse con un libro? Nosotros, usted, los bibliotecarios, el lector, la lectora, el señorito, la señorita, el discípulo, el maestro, cualquiera. Es una costumbre y la costumbre es ley.

Sólo que, por inocente que sea esa costumbre, se adivina que mientras ella exista, lo que es crear y sostener bibliotecas municipales será poco menos que una quimera. ¡Imagínese usted! Si en vez de abrir la biblioteca con cien volúmenes, la inaugura usted con 3,000 y cada uno que la honre con su visita se queda con un volumen, parécenos que, en buena aritmética, al llegar a tres mil el número de visitantes, el de los volúmenes habrá llegado a cero; salvo que los custodios se queden. . . con los que les dejen.

Algo así sucedería en Zacatecoluca, a juzgar por cierta gemebunda correspondencia que vimos publicada en un diario; algo del mismo género acontecería en Chinameca, donde se montó una escogida biblioteca popular, de la cual sólo va quedando a esta hora la buena intención y el grato recuerdo. Algo así ocurriría y sigue ocurriendo en varias poblaciones de la República, donde alcaldes y patriotas se empeñaran en fundar bibliotecas municipales. La única que en ese tiempo se salvó de los estragos de ese sistema, fué la Nacional de San Salvador, gracias a la feliz circunstancia de haberse fundado casi toda ella con libros en árabe, en griego, en sánscrito y otras lenguas que no todos entienden.

El sistema en cuestión no sería del todo inconveniente si se pudiera reglamentar un poco más; si, verbigracia, a cada uno de los que visitan una biblioteca le tocara quedarse con un solo volumen. Al cabo de las visitas, todos nos habríamos quedado con algo, y la diferencia sería que, en vez de ir a leer incómodamente a la biblioteca, leeríamos cómodamente en nuestra

hamaca; nos cambiaríamos los libros y así se ahorraría el pago de local, de anaqueles, de alumbrado, de bibliotecario, de mozo de servicio y de estadística. ¿No es verdad que sería un hallazgo?

Mas, suele acontecer que por demora de los visitantes, o porque no todos sean amigos de instruirse a domicilio, puede acontecer que sólo uno, o unos pocos se quedan con todos los libros, y entonces fallan enteramente los propósitos de los que fundaron la biblioteca. Lograr que cada uno se quedara con uno o dos volúmenes, fuera haber puesto orden en el desorden; un progreso real, toda vez que un libro, no digamos quedándose con él, aun robándose, ha de producir siempre algún beneficio. En efecto, nótele usted, cuando uno se queda con ellos no sería sino para leerlos. Si me quedo con un revólver o con una botella de cognac, o con una tableta de morfina, o con un par de dados, seguro que será para matar a alguien, o para embriagarme o para narcotizarme, o para que me despojen de mi dinero.

Pero si me quedo con un libro, de cien veces, noventinueve será para leerlo o bien para darlo a leer a otro, que es justamente lo que andamos procurando. Mas, sea como quiera, nosotros deseamos difundir la lectura en una forma no tan simplista, y el escollo principal consiste en la costumbre de quedarnos con todo libro que encontramos mal puesto. Fíjese usted bien, el mal está en que los libros se hallan mal puestos. Por regla general, siempre que alguna cosa se pierde, es porque está mal puesta, y aquí

volvemos al aspecto concreto y escabroso de la cuestión. ¿Qué haremos para que los libros de nuestras bibliotecas se encuentren bien puestos? ¿Ya pensó usted en ello?

Allá en nuestra niñez, los escolararse de la aldea habían descubierto un remedio bastante ingenioso y eficaz, para evitar que los unos se quedaran con los libros de los otros. Consistía el remedio en escribir con tinta muy fuerte y letra muy clara, en la primera página del libro, este conjuro amistoso y tremendo:

*Si este libro se perdiese,  
Como suele acontecer,  
Suplico al que lo encontrase,  
Que me lo sepa volver;*

*Y si es de las uñas largas,  
Que no se lo vaya a coger;  
Y si no sabe mi nombre,  
Aquí se lo voy a poner.*

(Fecha y Firma.)

¿Creerá usted que nosotros los niños de entonces, nos atrevíamos a quedarnos con el libro ajeno, sólo por no incurrir en el dictado de uñas largas?

¡Ah tiempos!

Los hombres de ahora, educados en las doctrinas de la lucha por la existencia, quizá no seríamos tan delicados como los niños de antes, y no nos atrevemos a proponer como único y seguro remedio contra el mal de que hablamos, el de escribir en la primera hoja de un libro

aquellos versitos que tanto respeto nos inspiraban a nosotros. Y sin embargo, ¿lo creerá usted? Hemos visto usar nada menos que en Estados Unidos, los mismos recursos que empleaban los escolares de mi aldea: esta es la hora en que los yanquis, maestros en cosas prácticas, escriben, no en la primera página sino en el reverso de la pasta, una serie de advertencias que vienen a ser en sustancia lo mismo que nuestro conjuro de uñas largas: los libros, los millones de libros de las bibliotecas públicas de Nueva York, llevan impresos en el reverso de la pasta una serie de amonestaciones que dicen, poco más o menos así: *Procure usted que no se manche este libro. Vea que los niños no le arranquen las hojas a este libro. No coloque usted este libro abierto sobre la mesa y descansando sobre las hojas. No doble las hojas de este libro para señal, porque se arruinará. Recuerde que si este libro se extravía, causará usted un daño a los otros lectores. No retenga usted este libro más tiempo que el necesario, porque hay otros lectores que lo necesitan y lo están esperando. Y no recordamos qué más.*

Ya se adivina que se trata de libros que se lleva uno a casa, donde no hay vigilancia posible de parte de los empleados, y que el solo control de la biblioteca que lo suministra, es esa serie de consejos cuyo sentido íntimo, para quien sabe y quiere entender, equivale a decirle: "No sea usted sinvergüenza: ya que se lleva ese libro a su casa sin pagar nada; ya que le damos a usted gratuitamente cuanta lectura necesite, ahorrándole así mucho dinero, no sea bribón ni

grosero ni cochino, no se robe el libro, ni lo destruya, ni lo empuerque”.

Aquello de las uñas largas, resulta un caramelo si se compara con lo que los yanquis escriben en la portada de sus libros.

Y bien, allá, lo mismo que entre los escolares de mi aldea, la filípica esa da resultados, y mucha gente que se habría quedado con los libros, si no encontraba en ellos esa inocente amonestación, los cuida y los devuelve, sólo por no incurrir en el feo calificativo de *distraído*. Es claro, a nadie le gusta que le digan UÑAS LARGAS.

## VI

Nos toca ahora hablar de los *cien libros* amenos, atrayentes, regocijados, que formarán LA BASE de nuestras bibliotecas populares. Como quien dice, el anzuelo con que vamos a pescar lectores que no leen y hasta lectores que no saben leer. La lista es muy fácil de hacer, a primera vista. ¿Libros amenos? No hay sino que pedir la colección de Julio Verne, o las novelas de Dumas padre, o la serie histórica de Walter Scott, o la interminable Carlota Braem-mé, o el canasto de Nick Carter o el costal de Ponson Du Terrail, o la montaña impresa de Balzac, o las Aventuras de Salgari, o cualquiera otro de los fecundísimos autores de libros de pasatiempos, que han escrito centenares de volúmenes.

Pero se nos ocurre que eso de fundar una biblioteca—que tiene muchos gastos, aun sien-

do popular y económica—sólo para leer a uno de esos autores, no sería cuerdo en ningún caso.

Luego, hay la dificultad de que el mismo libro que alguien encuentre muy divertido, le resultará a otro poco menos que cansado, y aun enteramente insípido a quien tenga el gusto algo exigente.

Además, la amenidad de Dumas suele costar un falseamiento de la verdad histórica; la de Walter Scott, le encierra a uno en un mundo muy estrecho, en que apenas se ve otra cosa que las montañas y los matorrales de Escocia; la de Paul de Cock, está buena para viejos verdes y para mozos pervertidos; la de la señora de Braemmé, sólo puede satisfacer a las amas de llaves o a las porteras; la de Ponson, acaba con las facultades de raciocinar y con el buen sentido; la de Balzac, por demasiado filosófica y por hallarse casi siempre mal traducido, acaba por ser enojosa, salvo en unas cuantas de sus novelas.

Y en cuanto a la fábrica de Nick Carter, Gastón Lerroux y otros falsificadores del ingenio de Conan Doyle, no suelen ser sino un hacinamiento de disparates y falsedades que se imprimen y se venden. . . porque sí.

Renunciamos, pues, al autor único, y nos resolvemos a seleccionar, tomando de cada uno de ellos, una, dos, tres obras legibles, inteligentes y placenteras.

Claro que no solamente de los autores citados, sino de otros muchos. Claro también que

ninguna de Nick Carter ni de otros facinerosos parecidos.

Así es que en nuestra lista no han de figurar sino libros que, por ser divertidos no dejen de ser discretos, y que no sean mentirosos, y que no sean obscenos y que no dejen un concepto demasiado estrecho de la vida, y que no exijan demasiada técnica como algunos del encantador Julio Verne.

¿Bastaría con eso? Casi, casi: amenidad, inteligencia, decencia, verdad, amplitud y sencillez, parece casi todo lo que deberíamos exigir en los libros que vamos a poner en manos de nuestro pueblo.

Sin embargo, no es todo, y nada nos obliga a limitarnos a esas indispensables cualidades cuando podemos añadirles otras de tanto valor con aquéllas.

Por ejemplo, el optimismo, la fe en el bien, la energía sana y constante, que nos enseña Goldsmith; la belleza, el arte hondo de Stevenson; la sugestividad de Wells; la ternura, la profunda bondad de Andersen; el heroísmo de Scott; la piedad, la compasión infinita de Cheekof; en fin, todo lo que han creado de hermosura, de arte, de verdad, de bondad, los grandes escritores que son, por ello, los mejores y más grandes maestros de la humanidad.

Y todavía más: ¿por qué no hemos de procurar, al mismo tiempo que divertir a nuestro pueblo, *darle una orientación* que le inicie en los principales dominios de la vida mental; que le haga capaz de continuar por sí mismo, según la vocación y posibilidades de cada uno, instru-

yéndose en los grandes ramos de la cultura? ¿Por qué hemos de limitarnos a las obras de mera ficción y fantasía, pudiendo también entrar en el campo de las realidades?

Queremos decir que no sólo en la novela podemos hallar los elementos de una lectura recreativa, sino también en la Historia, en la Moral, en la Geografía, en los viajes, en la Astronomía, en la Zoología, en la Física, en la Botánica, y acaso en otras. En forma directa o en forma de novela, hallaremos obras grandemente instructivas que son también de mucha distracción y amenidad, y las incluiremos desde luego en nuestra lista los CIEN LIBROS.

Hémos aquí, pues, con un criterio de selección bien formado, y aptos para escoger los más adecuados a nuestro programa: cien libros de primer orden que sean obras de arte, obras amenas, sanas, discretas, optimistas, instructivas y sugestivas. Como si dijéramos, cien diamantes o cien rubíes extraídos de las minas de la literatura, de la historia, de la ciencia, de la religión, de la moral.

## VII

Desde luego conviene saber que todos ellos han de ser empastados, impresos en letras de buen tamaño, en papel sin lustre, y en formato no más pequeño que el *octavo* ni más grande que el *cuarto* mayor; o dicho en otra forma, que su longitud no baje de quince centímetros ni suba de veinticinco.

Lo del tamaño es interesante para la comodidad de los lectores y para facilitar la colocación de los volúmenes en los anaqueles; lo de la pasta, es indispensable para no gastar el dinero innecesariamente, pues los libros en rústica duran apenas la tercera parte del tiempo que duran los libros empastados; lo de la letra, es de mucha importancia para no arruinarles los ojos a los lectores y para que la lectura no se trueque de placer en fastidio; lo de la opacidad de las páginas se exige también en servicio de los ojos, que padecen con los espejos del papel, sobre todo cuando se lee de noche.

El lector que llegue a leer cuidadosamente esos cien libros, que los guste, que los entienda, que los digiera, llegará a ser un hombre de bastante mentalidad, con ideas claras sobre muchas cosas esenciales, con buen gusto literario, iniciado en las disciplinas del arte y de la ciencia. Seguramente más de alguno dirá que ambicionamos demasiado y que hacemos de una pequeña biblioteca municipal una princesa del Toboso, un hada capaz de convertir en carruajes las calabazas y en caballos los ratones. Tal vez; tal vez exageramos las virtudes de la lectura, pero vale la pena de hacer la experiencia, y más cuando la experiencia es fácil de hacer. La muestra y la de otros muchos que la hicieron, dice que ya no son cien libros, sino un solo libro, el *Fausto* de Goethe, por ejemplo, encierra grandes tesoros de cultura para el minero que sabe descubrirlos. Así, la cuestión está en saber seleccionar estos libros.

## FE DE ERRATAS

PAGINA	LINEA	DICE	DEBE DECIR
9	8ª	perjuicios.	prejuicios
20	3ª	esplicar.	explicar
23	31ª	espirituales.	espiritistas
25	15ª	atrazo.	atraso
25	20ª	vegetando.	vegetando
32	8ª	yudarse.	ayudarse
34	17ª	esfuerzes.	esfuerzos
35	24ª	cojen.	cogen
39	34ª	ambriento.	hambriento
40	9ª	májica.	mágica
40	19ª	gerarquía.	jerarquía
45	28ª	Fisca.	Fisco
46	30ª	bueblo.	pueblo
49	26ª	cojer.	coger
55	2ª	buy.	muy
55	12ª	convretirnos.	convertirnos
55	29ª	hambién.	también
56	15ª	edificacia.	eficacia
58	19ª	acaberomos.	acabaremos
59	26ª	matada.	matado
71	32ª	math.	match
74	29ª	Crimm.	Grimm
76	4ª	analfabetcs.	analfabetos
92	27ª	muestra.	nuestra





IMPRESA NACIONAL.— San Salvador

El Salvador, Centro América. — 1956

Tirada: 5,000 ejemplares.







---

**IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA  
IMPRESA NACIONAL**

—  
**EDITADO POR EL  
MINISTERIO DEL INTERIOR**

---

